

que la naturaleza entera es la habitacion del hombre. A pesar de los ardores del Trópico, y de las nubes de insectos por esos ardores engendrados; en medio de esa naturaleza exuberante, donde alegran la vista el colibrí y el ave del paraiso que parecen durante el dia ramilletes de piedras preciosas, y por las noches las luciérnagas volantes, que semejan estrellas, venidas á bañarse en las húmedas exhalaciones de las selvas vírgenes; en esa naturaleza donde se oye desde la vibracion del insecto hasta el grito del papagayo, y desde el grito del papagayo hasta el coro inmortal de los sinsontes, el hombre no podia estar privado de recursos en medio de tanta vida, y con los juncos se forma una estera, con las plantas parásitas una hamaca, con los troncos de los árboles gigantescos una casa. La América es una region demasiado grande; un teatro inmenso preparado por Dios para una epopeya gigantesca, cuyos albores se ven hoy en la libertad civil de sus florecientes ciudades y en la libertad salvaje de sus inmensas pampas. Pero en Europa, en esta tierra de los recuerdos, donde las ciudades parece que van á ser devoradas por los cementerios, y los campos por las ciudades, la cuestion de las habitaciones ¡ay! es una cuestion inmensa, como es una cuestion inmensa el trabajo, como es una cuestion inmensa la poblacion, problemas que se resuelven fácilmente donde hay tanto espacio para escribir los términos del problema como en América.

La sociedad cooperativa inmoviliaria de París admite hoy dos categorías de asociados: 1.º los que podrán dar los tres mil francos á que sube el costo de la casa en el momento, y á estos los hace á tan poca costa propieta-

rios; 2.º los que no podrán tener reunida tal cantidad, y á estos les concede la misma facultad de ser propietarios, exigiéndoles un tanto de su jornal á la semana, en el plazo de treinta años. Los gobiernos pueden auxiliar indirectamente el gran movimiento cooperativo, primero, reduciendo los impuestos para que el trabajador no se vea obligado á dar al Erario la mitad del pan que debe llevarse á la boca: segundo quitando tantas y tantas trabas fiscales, como imposibilitan la baratura de las primeras materias, que ha de traer en un porvenir no lejano el cambio universal. Toda semilla es pequeña. En el hueso del dátil se encierra la palmera que ha de alimentar á muchas familias con sus dulces frutos y ha de ornar el horizonte con su corona de sonoras palmas. En estos ensayos cooperativos se encuentra la semilla de la extincion de la miseria, de ese problema que todas las ciencias van buscando en sus fórmulas y todas las industrias realizando en sus máquinas.

Hay en esta misma parte de la Exposicion universal un gran tapiz, que los ingleses han tejido en sus gigantes máquinas. En el centro del tapiz se ve Jesús, de cuyos lábios sale la divina palabra de Paz á los hombres. A los dos lados están los doce apóstoles que llevan, quién el buril, quién la escuadra, quién el compás, los instrumentos del trabajo. Parece que despues de haber conquistado en sus maravillosos viajes, en sus santas peregrinaciones, en sus martirios santísimos el mundo del espíritu y el cielo de la verdad, se aperciben á conquistar el mundo de la industria y el cielo del trabajo, que tambien necesita, apóstoles, redentores y mártires.

CAPITULO LXI.

LOS PREMIOS Á LOS EXPOSITORES Y LOS CASTIGOS

AL CÉSAR.

Celebrábase el 1.º de Julio de 1867 grandiosa fiesta, para distribuir los premios ganados por los industriales que en la Exposicion acababan de presentar sus maravillosos productos. Empecemos por saludar con todo el ardor de nuestra alma la gran fiesta, cuyo único objeto ha sido la apoteosis del trabajo, de esa fuerza que, coadyuvando á las fuerzas creadoras de Dios, siembra la virtud en el espíritu y la vida en la naturaleza. Grande, en verdad, era la idea que yo me habia formado anticipadamente de este espectáculo; pero puedo decir que la realidad ha excedido á la imaginacion. No tenia el nuevo Circo de la Industria espacio á tal ceremonia suficiente, y se habilitó el antiguo palacio de la Industria, construido en 1854. Este palacio presentaba, para tal espectáculo, uno de los mayores salones que hay en el mundo, un salon amplísimo, en el cual cabian holgadamente más de veinte mil espectadores. Mucho nos queda todavía que andar para que el trabajo reciba el honor y la recompensa que le son debidos; pero mucho hemos ya andado. La concepcion

sobre la cual se levantaba el mundo antiguo y el mundo de la Edad Media, era que teóricamente el trabajo es un mal, y que prácticamente el trabajo es una indignidad. Hoy el espíritu de la historia, la idea fundamental de la civilizacion puede decirse que ha cambiado por completo. Empiézase dándole honor al trabajo y se acabará por darle al trabajo su derecho. El mundo industrial está en Europa en su período de lucha, y está en América en su período de organizacion; le falta aún el tiempo necesario y las victorias brillantes, para entrar en el período del arte, en que no entró el mundo pagano, sino despues de cinco ó seis siglos de existencia, ni el mundo cristiano, sino despues de trece siglos de lucha. Toda grande forma social necesita que el tiempo convierta sus orígenes en sagrados y su historia en epopeya, para entrar en los cielos del arte. Si hubiéramos tenido un pintor cíclico del siglo XIX, trazara para este dia un maravilloso lienzo, ó un maravilloso fresco, que viniera á representar un período de la historia moderna, como la épica pintura trazada

por Miguel Angel en la Capilla Sixtina, cuando espiraba el mundo de la Edad Media, representa el testamento de este misterioso tiempo, en aquellas espléndidas figuras, que todavía exhalan el *Dies Irae* de la desesperacion y del terror. Un pintor podia haber trazado entre sombras, sobre mares de lágrimas, el infeliz que los sacerdotes indios sacrificaban á sus implacables dioses; el ilota ébrio que los lacedemonios ofrecian como ejemplo de horror á sus hijos; el vencido de la antigua Roma que los señores de la tierra cazaban en las selvas, para divertirse con su agonía sobre la arena de los circos, ó descuartizaban para alimentar los peces de sus estanques; y en un Sinaí fulgurante, á cuyo pié lucharan en espesa nube las tempestades de las guerras que registra nuestra historia y á cuya cima asomara la luz espléndida del nuevo día, las legiones de los trabajadores, dominando con la locomotora la tierra, con el barco del vapor el mar, con el montgolfiero el aire, acercando con sus telescopios el cielo, y á sus plantas, quebrantada la serpiente de la miseria, y sobre su frente, en colores más vivos que los adivinados por Murillo, para hacer resaltar sus personajes celestiales, la atmósfera llena de vida, la luz espiritual, la luz increada, más hermosa que aquella primera nacida de la palabra de Dios sobre la creacion immaculada, la luz de la libertad, que viniera á extender sus resplandores sobre esta apoteosis del derecho.

El día primero de Julio fué el destinado á la ceremonia. Amaneció esplendente como pocos, muy pocos días del año. Estamos en pleno mes de Julio y rara vez podemos ver el sol, ese bello sol que hace sonreír á las flores y cantar á las aves. Yo tengo tanta necesidad de luz, que saludo como un día fáusto, como un día de buen agüero aquel en que la luz brilla. Bajo un cielo espléndido, entre hileras de verdes árboles á cuyos piés se elevan caprichosas fuentes, que semejan fantásticos cisnes; no lejos del Sena

cuyo color de hiel se ha mejorado convirtiéndose en verde claro, desde que no lo azotan las lluvias del invierno, en los Campos Elíseos, que de un lado limita la plaza de la Concordia con sus fuentes, sus candelabros, remedos de las antiguas columnas romanas, sus estatuas, y los majestuosos jardines, en cuyo fondo se descubre el sombrío palacio de Catalina de Médicis; y de otro lado limita el severo, el magnífico arco de la Estrella; en los Campos Elíseos, decia, se levanta el palacio de la Industria, que no es una maravilla arquitectónica, pues peca de monótono y de pesado, pero que es grandioso y tiene un salon, en el cual solamente podia acomodarse bien la inmensa multitud, venida de todos los puntos de la tierra á ceñir una corona de laurel á ese glorioso eterno vencedor de la miseria, que se llama el génio del trabajo. Precisa que mis lectores se formen una idea del salon donde la ceremonia se celebraba, y no hay más medio que dar las dimensiones precisas. Tiene ciento noventa y dos metros de largo, cuarenta y ocho metros de ancho, y treinta y cinco metros de alto. Desde un extremo se descubre el otro extremo, entre esos vapores y esas mezclas de líneas y de objetos que dá la luz á las largas distancias, no muy asequibles á nuestra mezuquina vista. La inmensa y vistósima muchedumbre, allí aglomerada, parecia un tapiz de raros matices y colores, pero un tapiz al cual comunicaba el movimiento la variedad de un cuadro disolvente. El salon es materialmente indescriptible. En el foco izquierdo de la elipse, mirando al Sena, estaba colocada la orquesta. A pesar de los mil músicos sonaba como una orquesta ordinaria en la inmensidad de aquellos espacios. A la derecha veíase la escalera por donde habian de bajar los expositores, escalera toda cubierta de paño blanco que semejava una cascada, y toda ceñida y festoneada de macetas de flores. Al fin del eje más corto, frente á frente del Sena, se levantaba el sólio destinado al Empe-

rador y al Sultan, todo adornado con magníficas cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro, que descansaban sobre columnas doradas, y que estaban recogidas á los dos lados por magníficos escudos guerreros en el gusto del Renacimiento, los cuales brillaban en el fondo oscuro como dos planetas en las sombras de la noche. En la línea central se levantaban los diez trofeos, conmemorativos de las diversas secciones de la industria, estatuas, telas vistósimas, instrumentos de agricultura, máquinas, telescopios, relojes, todos los signos de las victorias del hombre sobre la indómita naturaleza. Una guirnalda gigantesca de flores innumerables, un iris vegetal bordaba todos los pies del salon, y ceñía los grandes trofeos, como un beso que la naturaleza daba á su dominador, á su vencedor el trabajo. Entre esta guirnalda gigantesca de flores, que por su extension hubiera podido cubrir el pié de una montaña, y las primeras líneas de asientos, se extendia un ancho espacio destinado á paseo, por donde discurrían los tipos de casi todas las naciones, los representantes casi de todas las razas de la tierra. Desde este punto hasta el pié mismo de una galería, que podríamos llamar una série de palcos, se extendían unas diez mil butacas, para otros tantos espectadores. La galería ostentaba en los antepechos colgaduras de terciopelo carmesí, y de arriba abajo grandes cortinas, todo resplandeciente de bordados de oro. En esta galería, se levantaban otras diez mil butacas, para otros diez mil espectadores. La techumbre es una inmensa bóveda de cristal. Para templar la luz demasiado viva, habíanse colocado bajo los cristales unos paños blancos por rayas verdes cortados á intervalos, y sembrados todos de estrellas. En la línea de los palcos brillaban, recogidas por trofeos, las banderas de todas las naciones del mundo; y de la bóveda caían oriflamas verdes, azules, blancas, rojas, amarillas, sembradas de estrellas de oro que flameaban sobre la cabeza de la

muchedumbre. ¡Qué bello, qué extraordinario espectáculo! La luz templada, cernida admirablemente; las ligeras oriflamas arriba, y los voluminosos trofeos abajo; las guirnaldas de flores de mil matices, formando un jardin en el suelo, y las grandes colgaduras de terciopelo carmesí, formando un inmenso salon de corte; por el paseo que por entre las flores y los muros del salon se extendia, los representantes de todas las naciones, los ediles de Lóndres con sus túnicas rojas recamadas de pieles de armiño, los turcos, vestidos de levitas azules y gorros colorados, los húngaros, con sus botas de montar, su manto de terciopelo negro, su calzon corto bordado de oro, y sus retorcidos sables orientales; los egipcios arrastrando sus blancos alquiceles, semeándose á evocaciones de un mundo destruido, los chinos, bocetos informes de la raza humana, envueltos en crugientes sedas de un lustre inimitable que les dán el aspecto de orientales ídolos animados y vivientes; y en la inmensa gradería, quince mil espectadores, los hombres vestidos rigorosamente de negro, las señoras, vestidas de seda de todos colores, envueltas en vaporosos encajes, ostentando en las cabezas ricas flores y abriendo y cerrando con voluptuosa coquetería sus ocho ú nueve mil abanicos de todos matices, que renovaban el aire y parecían bandadas infinitas de mariposas, discurriendo con sus brillantes alas abiertas sobre aquellas flores vivientes, vasos de bendicion donde ha depositado Dios la miel de todas las inspiraciones, el secreto de todos los amores, con la doble magia de la hermosura y del arte, y que, por lo mismo, son el adorno más sobresaliente de todos los grandes espectáculos.

A las dos en punto aparecen el Sultan, el Emperador y la Emperatriz, el Príncipe Imperial, el heredero del trono de Inglaterra, el heredero del trono de Prusia, los Príncipes de las familias de Bonaparte y de Murat, los Príncipes de la familia turca, la Princesa Matilde, la Princesa Clotilde, la Gran Duquesa